DOSSIER

Morir por Jerusalén

El regreso del cruzado (relieve de la abadía de Belval, Nancy, Chapelle des Cordeliers, s. XII).

A la guerra: ¡Dios lo quiere!
Franco Cardini

La hora de Saladino
Franco Cardini

Cruzadas, magia y caballería
José-Luis Martín Rodríguez y Paulina López Pita

Hace 900 años, el 15 de julio de 1099, los cruzados entraban en Jerusalén a sangre y fuego. Godofredo de Bouillon, fue nombrado rey, pero él prefirió el título de Defensor del Santo Sepulcro, pues "no quería ceñir corona de oro donde Jesucristo la llevó de espinas". Aquí se separa la verdad del mito y se profundiza en la ansiedad religiosa, los intereses terrenales, el fanatismo y la improvisación que generaron aquella extraordinaria epopeya

A la guerra: ¡Dios lo quiere!

Entusiasmo religioso y espejismo de botín impulsaron a los nobles a marchar a las Cruzadas arrastrando a inermes multitudes

Por Franco Cardini
Catedrático de Historia Medieval
Universidad de Florencia

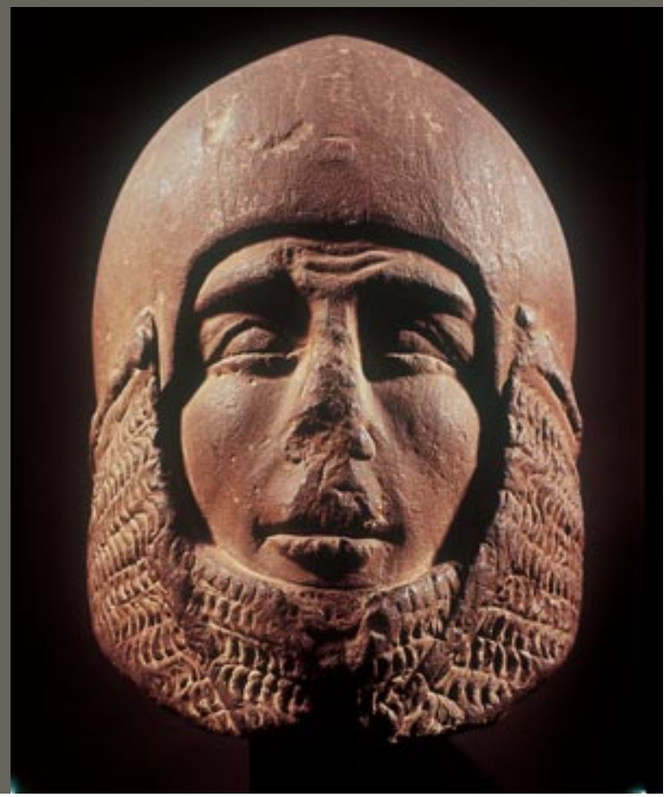
Urbano II, el papa de la Primera Cruzada, otorga los privilegios a la Iglesia de Oviedo (miniatura del *Libro de los Testamentos* de la catedral de Oviedo).

PARA EL ACTUAL PENSAMIENTO OCCIdental, las Cruzadas son algo muy semejante a una guerra religiosa y habitualmente se las considera como una manifestación de fanatismo religioso o, por el contrario, se las juzga como coartada para conquistas y movimientos expansivos precursores del moderno colonialismo. Debido a la creciente difusión de ciertas palabras de origen árabe y de conceptos relacionados con la religión musulmana –difusión originada por el actual despertar del Islam– se llega a equiparar a las Cruzadas con la *yihad*, definiendo ambos términos como *guerra santa*. Pero todo esto no son más que peligrosas aproximaciones.

Los diccionarios definen a las Cruzadas, más o menos, como "cada una de las guerras emprendidas por la cristiandad occidental contra el mundo árabe-islámico para liberar el Santo Sepulcro de Jerusalén y la Tierra Santa". Se deducía de ello que las Cruzadas fueron expediciones militares que se desarrollaron entre los siglos XI XIII, que su enemigo fue el mundo musulmán y su objetivo, la conquista, ocupación o reconquista de la Tierra Santa. Según los autores, se habla de siete, ocho o, ahora incluso, de nueve cruzadas.

En realidad, la Cruzada nacieron más bien como peregrinación armada, inmediatamente convertida en una sucesión de expediciones militares muy pronto llevadas más allá de sus primeros objetivos. De modo que, aun cuando la Tierra Santa siguió siendo el fin último, se reorientaron hacia otras metas: tierras islámicas alejadas de Palestina (como España o África septentrional), regiones periféricas de Europa aún pobladas por paganos (Lituania, Prusia, Estonia) e incluso tierras cristianas en manos de cismáticos (Bizancio) o gobernadas por potencias enemigas de la Iglesia.

Inicialmente, las Cruzadas no se denominan con este nombre, pero ya los peregrinos que participan en ellas, armados o no, llevan una cruz de tela cosida al hombro. Cuando en el siglo XIII se quiso identificar a este tipo de expedición, se inventó una palabra destinada a denominar –ya hasta nuestros días– toda empresa armada planteada en nombre de la Cruz y en defensa de los intereses de la Iglesia.



Arriba, **cabeza de un cruzado (escultura del siglo XIV).** Abajo, **Concilio de Clermont (siglo XIV, BN. París).**

El llamamiento de Urbano II

Se ha discutido mucho acerca de los orígenes y causas de las Cruzadas. Para unos, fueron solamente la forma medieval de un inevitable conflicto entre Oriente y Occidente. Según otros, en las Cruzadas debe verse la reacción a la agresión musulmana contra Europa. Pero aquí la cronología no cuadra: en primer lugar, los musulmanes golpearon al mundo oriental mucho más que al occidental; y, segundo, el impulso expansionista del Islam, muy fuerte entre los siglos VII y X, parecía agotado a finales del XI. También en la Península Ibérica el Islam había entrado desde hacía tiempo en una fase de repliegue; las guerras en España contra los musulmanes constituyeron un modelo permanente y se grabaron en la memoria colectiva occidental; sin embargo, no hubieran bastado por sí solas para provocar un movimiento como el de las Cruzadas, con un objetivo tan alejado.

Se sitúa el inicio de la historia de las Cruzadas en un discurso pronunciado por el papa Urbano II en 1095, al final del Concilio Provincial de Clermont, en Auvernia. No se conoce muy bien lo que dijo el Papa; parece que se limitó a sugerir la necesidad de aportar ayuda a los cristianos de Oriente, amenazados por los turcos –pueblo instalado entre Persia y Anatolia, de reciente conversión al Islam y muy belicoso– señalando lo oportuno que sería suspender las guerras entre cristianos para dedicar todos los esfuerzos en resolver este nuevo conflicto exterior, posiblemente muy lucrativo debido al botín que en él se obtendría.

En Clermont, el Papa no hablaba para todos, sino que se dirigía a los miembros de un grupo amplio y bien identificable: el de los terratenientes laicos, capaces de financiarse su caballo y su armamento pesado, costosísimos en aquella época. Eran los aristócratas y caballeros franceses, empeñados en sangrientos conflictos fratricidas que devastaban regiones enteras e impedían su desarrollo.

Desde hacía tiempo, la Iglesia trataba de renovarse, de sacudirse el poder de los grandes nobles y de imponer una paz que pusiese término a las continuas guerras entre ellos. Tras un largo período de depresión, una fase de mejoras climáticas había favorecido un incremento de la población, facilitando el cultivo de nuevas tierras, el crecimiento de los centros urbanos existentes y la fundación de nuevos asentamientos, así como el impulso de una movilidad tanto por tierra –las grandes peregrinaciones– como por mar. Todo ello entrañaba aumento de riqueza, nacimiento de nuevos mercados, intensificación de los intercambios comerciales y desarrollo de una economía monetaria.

Las clases militares, en general escasamente provistas de liquidez y muy necesitadas de dinero, reaccionaban ante este nuevo ambiente multiplicando los actos violentos y el bandidaje. Encontraremos así a los protagonistas del viaje a Oriente que siguieron entusiasmados las instrucciones de Clermont entre los niveles medios y bajos de la aristocracia guerrera, los *iuvenes*: es decir, los caballeros jóvenes, para quienes la aventura militar era, también, una respuesta a la búsqueda de emociones y de riqueza y un medio de consolidar su propio ran-

Monje de los Caballeros de San Juan (u Hospitalarios); la orden nació en torno a un hospital fundado en Jerusalén por los mercaderes de Amalfi para socorrer a los peregrinos llegados a Tierra Santa tras los cruzados

Knorr, nave de transporte utilizada en los países escandinavos y bálticos

Londres

París

Verdún

Metz

Würtzburgo

Tours

Vézelay

Ratisbona

Viena

Basilea

Chambéry

Lyon

Toulouse

Venecia

Trieste

Génova

Aigues Mortes

Marsella

Zara

Pisa

Spalato

Lisboa

Toledo

Roma

Granada

Bari

Nápoles

Brindisi

Aigues-Mortes, fundada en el siglo XIII por el rey cruzado san Luis IX, que la puso en contacto con el mar mediante un canal navegable, convirtiéndola así en puerto de embarque hacia Tierra Santa

Palermo

Mesina

Argel

Túnez

Siracusa

Trípoli

Nave adaptada al transporte de los cruzados en tiempos de Luis IX

- Primera Cruzada (1095-1099)
- Segunda Cruzada (1148-1151)
- Tercera Cruzada (1189-1192)
- Cuarta Cruzada (1202-1204)
- Quinta Cruzada (1217-1221)
- Sexta Cruzada (1228-1229)
- Séptima Cruzada (1248-1254)
- Octava Cruzada (1270)

Reconquista y Cruzada

Manuales al uso hace menos de veinte años identificaban Edad Media hispana y Reconquista y definían ésta como una Cruzada de siete siglos de duración, comenzaba el año 711, con la entrada de los musulmanes en la Península, y acababa en 1492, con la caída de Granada, el último reino musulmán.

Sin duda, es posible comparar Reconquista y Cruzada, España con Jerusalén, y pueden encontrarse textos que equiparan ambas realidades o que hacen de la Cruzada la última fase de la Reconquista, y no faltan quienes ven en la ocupación de Barbastro -1064- un ensayo general de la Primera Cruzada: Roma concede a los combatientes las indulgencias que, más tarde, se darán a los cruzados –*Perdonamos los pecados y levantamos la penitencia a cuantos decidieran marchar a Hispania,* y quienes se dirigen a Barbastro verán protegidos sus bienes y personas por la Paz y Tregua de Dios– pero difícilmente puede hablarse de espíritu cruzado de los hispanos en esta época. Se combate a los musulmanes por razones más prosaicas que la defensa de la Cristiandad, para que el lugar no sea ocupado por un rival cristiano o musulmán y para conseguir el pago de tributos o el botín de la victoria. Definen la mentalidad hispana, más que la idea de peregrinación cruzada, pactos como los firmados en 1058 por Ramón Berenguer de Barcelona y Ermengol de Urgel contra el rey musulmán de Zaragoza, en el que explican con detalle cómo se dividirán los gastos y los ingresos que deriven de la guerra. Se prevé, como es natural, la posibilidad de ocupar *castros et terras* zaragozanos y se habla de una futura paz con el rey musulmán, siempre que éste se comprometa al pago de tributos (parias), que es en muchos casos el más claro objetivo de las campañas de reyes y condes cristianos. Cinco años más tarde, en vísperas de la ocupación de Barbastro, se firma un nuevo pacto por el cual Ermengol se compromete a defender contra todos, cristianos y musulmanes, el condado barcelonés, con sus castillos, obispados, ciudades y parias pagadas por los musulmanes.

La defensa de las parias se opone frontalmente a la guerra santa; ésta, la guerra, no está al servicio de la Cristiandad; es sólo un medio de conseguir que los musulmanes paguen tributos. Estamos, pues, muy lejos del espíritu cruzado europeo y no sólo en Cataluña sino también en el reino castellano-leonés que, en el mejor de los casos, da preferencia a la recuperación política sobre la guerra contra el Islam y, con frecuencia, prefiere las parias a la conquista. En este contexto se explica que el héroe nacional de Castilla –ver *La Aventura de la Historia,* nº 5, marzo de 1999– sea Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, que combatió por igual a cristianos y musulmanes y durante largos años de su vida prestó sus servicios a los reyes musulmanes, como los prestará en el siglo XII Geraldo Sempavor, llamado *el Cid portugués* o, en el XIII, el monarca Sancho VII de Navarra.

Los hispanos combaten a los musulmanes en nombre de la fe, pero también en nombre de sus antecesores visigodos. Partiendo de los derechos de Pelayo al trono visigodo y de la visión providencialista de la Historia, adquiere todo su sentido la explicación que dan las crónicas de la pérdida de España y de su futura recuperación o reconquista. Cuando, en Covadonga, Pelayo se dirige al obispo Opas, no faltan referencias al cristianismo, pero el centro del discurso lo ocupa el mundo visigodo: "Cristo es nuestra esperanza de que por este pequeño monte que ves se produzca la salvación de Hispania y sea reparado el ejército de la gente goda", idea que con otras palabras expresará en el siglo XI Sisnando, el mozárabe puesto por Fernando 1 al frente de Coimbra: "Al Andalus... era en principio de los cristianos, hasta que los árabes los vencieron y los arrinconaron en Galicia... Por eso, ahora que pueden, desean recobrar lo que les fue arrebatado...". En labios del propio Fernando I pone Ibn `ldari lo siguiente: "Nosotros hemos dirigido hacia vosotros los sufrimientos que nos procuraron aquellos de los vuestros que vinieron antes contra nosotros, y solamente pedimos nuestro país que nos lo arrebatásteis antiguamente, al principio de vuestro poder, y lo habitásteis el tiempo que os fue decretado; ahora os hemos vencido por vuestra maldad. ¡Emigrad, pues, a vuestra orilla allende el Estrecho y dejadnos nuestro país¡"; y cuando Alfonso VI entra victorioso en Toledo –1085– reivindica la vinculación de su dinastía a los últimos reyes visigodos: "La ciudad, por decisión divina, permaneció durante 376 años en poder de los moros, blasfemos del nombre de Cristo, por lo que yo, entendiendo que era vergonzoso que se invocara el nombre del maldito Mahoma... en un lugar donde nuestros santos padres adoraron a Dios..., desde que recibí el *imperium* de mi padre el rey Fernando y de mi madre la reina Sancha... moví el ejército contra esta ciudad en la que en otro tiempo reinaron antepasados míos poderosísimos y muy ricos..."

Tras la ocupación, Alfonso permite que los musulmanes permanezcan en Toledo y acepta que los sarracenos conservaran de pleno derecho sus casas, tierras y todo lo que poseían, y quedaran en poder del rey la fortaleza de la ciudad y los jardines de más allá del puente; las rentas que los agarenos estaban obligados a pagar desde antiguo a sus reyes, se las pagarían a él; y además, la mezquita mayor les pertenecería a perpetuidad... Alfonso hace cuanto está en sus manos para que convivan cristianos y musulmanes, a pesar de la intransigencia del arzobispo toledano y de la reina Constanza, franceses ambos imbuidos del espíritu cruzado, que no entendían las facilidades dadas a los enemigos de la fe y en cuanto Alfonso se alejó de Toledo, Bernardo penetró de noche, a instancias de la reina Constanza, en la mezquita mayor de Toledo llevando consigo algunos caballeros cristianos; y después de borrar los vestigios de la inmundicia de Mahoma, levantó un altar de culto cristiano e instaló campanas en la torre mayor para llamar a los fieles. Alfonso se empeñó en mantener la palabra dada y puesto que había establecido un pacto con los sarracenos acerca de la mezquita, en tres días se plantó en Toledo desde Sahagún decidido a hacer quemar al electo Bernardo y a la reina Constanza; los musulmanes, hábil e inteligentemente, se apresuraron a renunciar a la mezquita, a liberar al rey de su promesa y salvar su honra y con ella la vida de la reina y del arzobispo: "Sabemos perfectamente que el arzobispo es la cabeza visible de vuestra ley, y si fuéramos la causa de su muerte, los cristianos nos matarán en un solo día llevados por la pasión de su fe, y si la reina muriera por nuestra causa, seremos odiados por siempre por su descendencia y se vengarán de nosotros tan pronto como mueras. Por tanto, te solicitamos que no los castigues, y nosotros por nuestra parte te libramos de la obligación de tu Juramento" y así los cristianos mantuvieron la mezquita sin que el rey tuviera que romper su palabra.

Aunque Cruzada y Reconquista tienen el mismo enemigo, el musulmán, para Roma y los cruzados se trata de una guerra lejana contra desconocidos de los que se ignora casi todo, los reconquistadores hispanos reciben la predicación de la Cruzada después de casi cuatro siglos de convivencia entre cristianos y musulmanes peninsulares y los intereses creados a lo largo de estos siglos hacen inviable el ideal cruzado o lo transforman para darle un sentido distinto al soñado por sus creadores, como demostraron los castellanos de Alfonso VIII, en 1212, al impedir que los cruzados europeos venidos a combatir en Las Navas de Tolosa, dieran muerte a los musulmanes vencidos. Descontentos, los ultramontanos "Dejadas las enseñas de la cruz, abandonados también los trabajos de la batalla, tomaron en común la determinación de regresar a sus tierras..., de abandonar la Cruzada hispana, que no era la suya, como se deduce de las palabras del arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada" (*Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid, 1989, traducción de Juan Fernández Valverde).

José-Luis Martín

Izquierda, **Alfonso VIII, el vencedor en Las Navas de Tolosa, 1212 (ilustración del *Libro de retratos de los Reyes de España*, M. Prado, Madrid).** Derecha, **un monje entrega el símbolo del cruzado a un caballero que va a partir hacia Tierra Santa (miniatura de un códice veneciano del siglo XIV, Biblioteca Marciana, Venecia).**

go. Si hubieran tenido unos años más, su aspiración habría sido alcanzar una sólida y tranquila posición social mediante un matrimonio ventajoso.

Nobles pobres

Pero las Cruzadas no sólo fueron obra de estos grupos. La empresa lanzada por el Papa en 1095 y que culminó en 1099 con la toma de Jerusalén fue dirigida por los mayores príncipes europeos de la época. Todos ellos, evidentemente, muy ansiosos por complacer al Papa. Se trataba de Godofredo, duque de la Baja Lorena; Roberto, duque de Normandía; Roberto, conde de Flandes; Raimundo, marqués de Provenza; Boemundo, príncipe de Tarento y otros. Era un éxito del movimiento de la *Paz de Dios*, propuesto por la Iglesia, que de este modo, sustituía a las débiles monarquías del momento en la tarea de imponer una pacificación del Occidente europeo, sin la cual no hubiera existido un margen para el nuevo desarrollo económico. Actuando así, la Iglesia libraba a los soberanos de la presencia de nobles indisciplinados y contribuía a crear las condiciones que, con el tiempo, favorecerían el nacimiento de los Estados absolutos.

Al pedir a la aristocracia armada un esfuerzo militar contra los pueblos musulmanes, el Papa se situaba dentro de una tradición que, por lo menos, tenía cuatro siglos, aunque había ido renovándose. Los cristianos estaban acostumbrados a combatir contra los arábigo-bereberes en España y en el Sur de Francia, mientras que las ciudades marítimas del Mediterráneo mantenían fuerte rivalidad y competencia con sus homónimas del África septentrional. Por otra parte, existían grupos de aristócratas, como los normandos llegados hasta la Italia meridional, que buscaban el enfrentamiento con los infieles como fuente de lucro mediante el saqueo.

En la segunda mitad del siglo XI, se habían desarrollado paralelamente fuertes ofensivas contra los musulmanes en España y en Sicilia, mientras que mercenarios occidentales, a sueldo del emperador bizantino, combatían contra los turcos en Anatolia. El Papa no hizo, así, más que anunciar que se abría en la península anatólica una nueva ocasión de guerra y de pillaje; ocasión que los caballeros occidentales podían aprovechar con utilidad y que la Iglesia –que condenaba la violencia contra cristianos– veía favorablemente, hasta el punto de conceder beneficios espirituales y ventajas materiales a quienes decidieran marchar allí.

Arriesgados viajes

Tras el Concilio de Clermont, los caballeros empezaron a organizar la empresa. Les animaba un fuerte entusiasmo religioso, del que no hay motivo para dudar, pero el proyecto tenía también un carácter económico: estaban dispuestos a luchar contra los musulmanes para obtener un beneficio.

Muy probablemente, Urbano II no había pretendido proclamar en sentido estricto una expedición dirigida a la conquista de la Tierra Santa. Parece que ya sus predecesores habían avanzado de vez en cuando propuestas de este tipo, pero quizá solamente para defender a las comunidades cristianas

Era un éxito del movimiento de la "Paz de Dios", propuesto por la Iglesia para pacificar el Occidente europeo y propiciar el nuevo desarrollo económico

Hechos y protagonistas de una gran aventura

Primera Cruzada: 1095-1099

Cruzada de los Príncipes, en la que participan cuatro ejércitos:
- Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, al mando de los lotaringios (Brabante y Lorena).
- Roberto, duque de Normandía y Roberto, conde de Flandes acaudillan a los caballeros del Norte de Francia.
- Raimundo, marqués de Provenza, dirige a los caballeros del Sur de Francia.
- Boemundo, príncipe de Tarento, al mando de los Normandos de Italia meridional.

La denominada *Cruzada Popular*, dirigida por Pedro el Ermitaño y Gualterio Sin bienes, llega en primer lugar a Asia Menor y allí los cristianos son masacrados por los turcos (octubre de 1096).

Entre la primavera del 1098 (conquista de Edesa) y el verano de 1099 (toma de Jerusalén), los príncipes ocupan gran parte de Siria y Palestina y fundan los Principados Latinos de Oriente (Edesa, Antioquía, Trípoli) y el Reino de Jerusalén.

Segunda Cruzada: 1148-1151

Cruzada alemana: Conrado III

Cruzada francesa: Luis VII y su mujer, Leonor de Aquitania.

El idilio entre la reina de Francia y su tío Raimundo de Poitiers, príncipe de Antioquía, irrita a Luis VII, que se niega a apoyar a Raimundo contra el atabeg de Alepo, Nur al-Din, para intentar a cambio la conquista de Damasco. La empresa fracasa y ambos soberanos vuelven a Europa con las manos vacías.

Tercera Cruzada: 1189-1192

Cruzada de los Tres Reyes: el emperador alemán Federico Barbarroja, el rey de Francia Felipe Augusto y el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León.

Una cruzada que se decidió tras la gran emoción provocada en Occidente por el desastre de Hattina (4 de julio de 1187) y la conquista de Jerusalén por Saladino (2 de octubre de 1187). Pero Barbarroja murió ahogado mientras cruzaba el río Salef, en Cilicia. El ejército anglo-francés reconquista Acre (12 de julio de 1191) pero no Jerusalén.

Cuarta Cruzada: 1202-1204

Cruzada de los Barones, bajo el mando del marqués Bonifacio de Monferrato.

A petición de Venecia y de Alejo IV Angel, pretendiente al trono de Constantinopla, los cruzados asedian en primer lugar Zara y a continuación la capital del Imperio Bizantino, que resulta tomada y saqueada el 12 de abril de 1204. Nace el Imperio Latino de Constantinopla (1204-1261) pero se renuncia a seguir hacia Jerusalén.

Quinta Cruzada: 1217-1221

Cruzada organizada por Andrés II, rey de Hungría y Leopoldo V, duque de Austria.

El rey de Jerusalén, Juan de Brienne, organiza una gran expedición contra Egipto. Los cruzados conquistan el puerto de Damieta y lo ocupan durante dos años, pero deben abandonarlo en 1221.

Sexta Cruzada: 1228-1229

Viaje a Oriente del emperador Federico II.

El emperador negocia con el sultán la restitución de la Ciudad Santa. Es coronado rey de Jerusalén en la basílica del Santo Sepulcro el 17 de marzo de 1229.

Séptima Cruzada: 1248-1254

Gran expedición a Egipto de Luis IX, rey de Francia.

El rey conquista Damieta, pero a continuación es derrotado y cae prisionero (6 de abril de 1250). Liberado contra el pago de una suma colosal, se refugia en Siria, en donde permanece cuatro años consolidando las defensas francas.

Octava Cruzada: 1270

Expedición de Luis IX a Túnez.

El rey muere durante el asedio de Túnez, víctima de una epidemia de cólera.

En el siglo XI, una plaga de voces y profecías auguraba el fin del mundo y la llegada del Anticristo, personaje diabólico encargado de anunciarlo

orientales y apoyar a los emperadores bizantinos en su secular lucha contra el Islam. La idea de una conquista armada de Jerusalén no parecía ni habérseles ocurrido a los dirigentes de la Iglesia, aunque sólo fuera porque, en el plano de la teoría jurídica admitida en Occidente, la Ciudad Santa pertenecía por derecho al emperador bizantino.

A mediados del siglo XI, las Iglesias latina y griega se habían alejado. Este alejamiento –hasta hoy irreversible– no parecía tan profundo en aquella época. Urbano II había dado repetidas muestras de querer modificar las relaciones con la Iglesia griega. Su petición a los nobles occidentales para que apoyasen al emperador de Bizancio contra los musulmanes era otro intento de acercamiento. Esto excluía del programa pontificio toda conquista de tierras pertenecientes al Imperio de Oriente.

Desembarco de los caballeros de la Séptima Cruzada (san Luis de Francia) en Damieta (grabado del siglo XVI).

Según una difundida creencia, en torno al año mil se esperaba el fin del mundo. En realidad, las expectativas denominadas *escatológicas* (que consideran lo que ocurrirá al final de los tiempos) están presentes en todo el transcurso de la historia de la sociedad cristiana y se refuerzan en determinadas circunstancias dramáticas. No hay duda de que el siglo XI sufrió una singular plaga de voces y profecías que anunciaban el fin del mundo y la llegada del Anticristo, diabólico personaje encargado de anunciarlo. La peregrinación a Jerusalén, práctica que en el mundo cristiano se remonta al menos al

Arriba, mapa de Jerusalén (ilustración de un manuscrito del siglo XIII, de la Crónica de las Cruzadas, de Roberto el Monje, Universitetsbibliothek, Upsala, Suecia). Abajo, los cruzados de Bohemundo de Tarento asaltan Antioquía, miniatura del siglo XV, BN. París).

siglo IV, se alimentaba también de estos propósitos de renovación. Durante el siglo XI, las peregrinaciones habían aumentado en intensidad, frecuencia y número de participantes.

Ocupada por los árabes en el año 638, Jerusalén ya no había vuelto a manos cristianas pero, salvo en circunstancias excepcionales, los musulmanes habían estimulado las lucrativas peregrinaciones cristianas. Ahora, la presencia de los turcos había convertido la travesía de la península de Anatolia en una empresa muy peligrosa. Las peregrinaciones se habían convertido en acontecimientos que involucraban a amplios grupos y, a menudo, las expediciones de devotos llevaban escolta militar.

El precio de un sueño

El llamamiento de Urbano fue también escuchado por muchos a quienes no iba dirigido. Con toda seguridad se hallaban presentes en Clermont muchos peregrinos *profesionales* y gente que frecuentaba los santuarios próximos de Le Puy, Orcival y Conques, que pudieron entender de forma particular, o quizá malentender, el llamamiento del Papa.

En aquel tiempo, recorrían Europa miríadas de

La masacre de los pastorcillos

Los ejércitos guiados por los grandes barones fueron precedidos en Constantinopla y Anatolia por multitudes de peregrinos miserables y fanáticos, destinados a ser masacrados por los turcos antes de llegar a la Tierra Santa. No ocurrió nada igual durante las demás Cruzadas, que tuvieron un carácter de expedición armada reservada a la nobleza. No obstante, en dos ocasiones, como mínimo, una multitud de pobre gente se echó a los caminos para cumplir, como decía uno de ellos "con lo que ni los potentados ni los reyes habían hecho", es decir, "cruzar el mar y reconquistar el sepulcro de Cristo". Los historiadores han llamado a estos dos grandes movimientos populares *la cruzada de los niños* y *la cruzada de los pastorcillos*.

Más que de niños, estos grupos –que convergían en 1212 desde el Norte de Francia y los valles del Rin y del Po hacia los puertos del Mediterráneo (Marsella, Génova, Pisa y Venecia) con el objetivo de embarcarse hacia Oriente– estaban formados por jóvenes, hombres y mujeres, pobres y sin trabajo. Muchos fueron rechazados y murieron durante el invierno, de hambre y de frío. Unos cuantos hallaron plaza en siete navíos de Marsella puestos gratuitamente a su disposición por los armadores. Dos de las naves fondearon frente a las costas sardas y, cuando las otras cinco llegaron a los puertos africanos de Bugía, en Argelia, y de Alejandría, los generosos armadores se convirtieron en despiadados traficantes y los supervivientes fueron vendidos a los mercaderes de esclavos.

Ni siquiera llegaron a las costas del Mediterráneo los grupos de jóvenes campesinos que se pusieron en marcha tras la derrota de San Luis de Francia en Egipto. En 1250-51, Luis IX, en un inútil esfuerzo por golpear el corazón del poder musulman, no sólo resultó derrotado sino que, además, sufrió con todo su ejército la humillación de tener que pagar un rescate colosal para ser liberado.

Aquel movimiento, que enardeció los campos franceses, pronto cayó en la subversión: los campesinos más pobres, jornaleros y pastores sin tierra, muy a menudo sin familia terminaron en bandas errantes que saqueaban las posesiones de los poderosos y del clero. Escuchan los sermones de un misterioso cisterciense, un tal Jacobo de Hungría, que mezcla temas escatológicos –del tipo "¡Se avecina el final de los tiempos!"– y ataques contra los nobles. El movimiento acabará en un baño de sangre: la de los judíos víctimas del fanatismo de estas muchedumbres y la de los propios pastorcillos, a su vez aniquilados por los ejércitos del rey de Francia.

frailes indisciplinados y de improvisados predicadores, que inflamaban y arrastraban a las multitudes que se agolpaban en torno a los santuarios. El más célebre era Pedro de Amiens, conocido como Pedro el Ermitaño, a quien se le atribuye, en cierto sentido al menos, el *invento* de las Cruzadas.

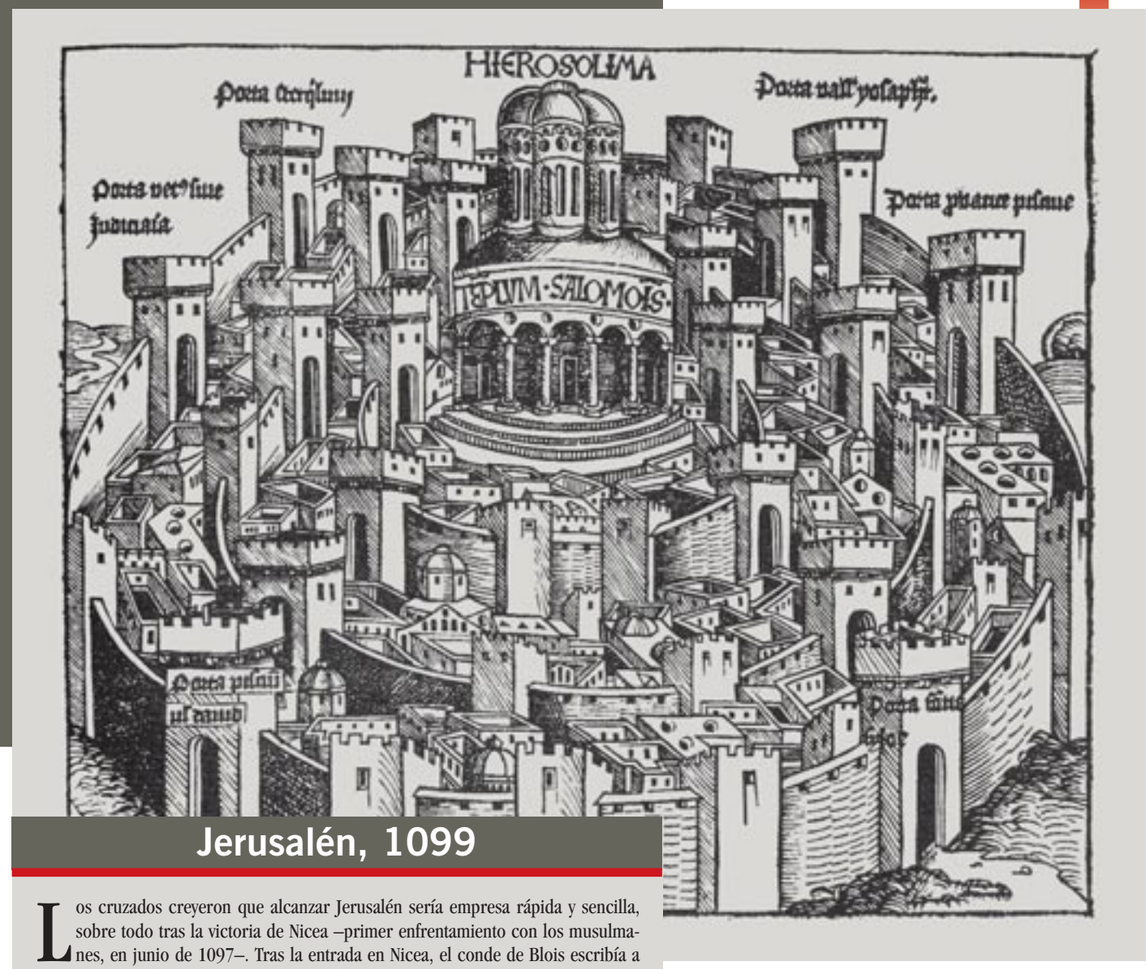
Junto a estos personajes, de dudosa condición eclesiástica, se encontraban otros, de rango caballeresco pero de difícil localización social. A veces, eran decadentes aristócratas, pero más a menudo se trataba de caballeros que contaban sólo con lo estrictamente imprescindible para armarse a sí mismos y a su reducidísimo séquito; las epopeyas contemporáneas los llaman *caballeros pobres*. Sensibilizados por la nueva espiritualidad promovida por algunos miembros de la Iglesia, habían decidido participar en la renovación moral de su época sin renunciar a su oficio. Son conocidos muchos de estos personajes como, por ejemplo, un tal Gualterio el Sin Bienes, no tanto por ser originariamente pobre cuanto por haber dilapidado en obras de beneficencia todo cuanto poseía.

Izquierda, **representación del Santo Sepulcro (miniatura de un manuscrito griego del siglo XVI, Biblioteca Comunale, Palermo).** Derecha, **representación en Jerusalén (grabado del *Liber Chronicarum* , siglo XV, B.N. Madrid). Jerusalén fue tomada al asalto en julio de 1099 con relativa facilidad, debida sobre todo al factor sorpresa de que disfrutaron las tropas cruzadas.**

Estallido de odio

Así pues, entre el invierno de 1095 y la primavera de 1096, incontrolados rumores recorrieron Europa: se hablaba de una nueva y gran peregrinación a Jerusalén, al término de la cual sobrevendrían el fin del mundo y el Juicio Universal. Hordas de peregrinos, en su mayor parte campesinos sin tierra, se pusieron en marcha tras los predicadores-ermitaños y los soldados que les daban escolta. Desde Francia y el occidente de Alemania se dirigieron hacia el Este en varias columnas. Hablaban de llegar a Jerusalén pero no tenían un plan de marcha muy claro. Cayeron violentamente sobre las ricas ciudades renanas y danubianas y, llegada la primavera de 1096, se dedicaron al saqueo y la masacre, produciendo víctimas, sobre todo, entre las comunidades judías.

Los que acudieron a la Cruzada a veces eran decadentes aristócratas, pero más a menudo se trataba de caballeros que contaban sólo con lo estrictamente imprescindible para armarse a sí mismos y a su reducidísimo séquito



Jerusalén, 1099

Los cruzados creyeron que alcanzar Jerusalén sería empresa rápida y sencilla, sobre todo tras la victoria de Nicea –primer enfrentamiento con los musulmanes, en junio de 1097–. Tras la entrada en Nicea, el conde de Blois escribía a su esposa lleno de optimismo, asegurándole que si no surgían contratiempos en Antioquía, el ejército cruzado entraría en Jerusalén en cinco semanas. El plazo se multiplicó por veinte y el poderoso ejército cruzado vencedor en Nicea llegó exhausto a Jerusalén al borde del verano de 1099... Quizás eran 1.200 caballeros y 12.000 infantes, sin máquinas de guerra. Su victorioso asedio sólo se explica por la división de los musulmanes, incapaces de oponer un frente común a los cruzados; también, por la perseverancia de estos, por su superior técnica militar en las batallas campales y por el auxilio prestado por las flotas inglesa y genovesa, que –además de proporcionarles alimentos, en medio de la general hambruna– les proveyeron de máquinas de asedio muy superiores a cuanto se había visto en Palestina hasta entonces.

Así, el viernes 15 de julio de 1099, los jefes cristianos ordenaron el asalto general y rebasaron las murallas de la ciudad. El asalto doblegó la resistencia de los guerreros fatimíes y los cruzados entraron en Jerusalén dispuestos a vengarse de cuantas privaciones habían pasado en los dos años y medio anteriores. La guarnición fue pasada a cuchillo y dice la leyenda que por las calles de la ciudad corrían arroyos de sangre.

Tancredo de Hauteville, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandía, Godofredo de Bouillon... todos habían combatido con denuedo, pero entre ellos había sobresalido por su entusiasmo y talento el duque de Baja Lorena, Godofredo de Bouillon, al que sus compañeros de cruzada nombraron rey de Jerusalén, pero él prefirió el título de barón y *defensor del Santo Sepulcro,* pues "no quería ceñir corona de oro donde Jesucristo la llevó de espinas".

Se han sugerido varias hipótesis acerca de este violento estallido de odio antisemita, porque a pesar de existir desde los primeros tiempos del cristianismo elementos polémicos contra los judíos, no se habían producido hasta entonces episodios sangrientos significativos. Quizá en la raíz de esta violencia existía una voluntad de redención colectiva: acelerando la conversión de los judíos acaso se pretendía apresurar la venida del Reino de los Cielos. Ante la negativa de algunos judíos a convertirse, se replicó con una violencia ciega.

Es probable, también, que los peregrinos fueran impulsados a llevar a cabo estas atrocidades por las pujantes clases mercantiles urbanas que tenían en los judíos unos temibles competidores, sobre todo en lo relacionado con el préstamo de dinero. En las ciudades renanas fueron los obispos y las autoridades fieles al emperador Enrique IV quienes

se opusieron a las matanzas, lo que sugiere la existencia de un fuerte antagonismo entre las clases mercantiles emergentes y las autoridades constituidas. Los judíos pagaron los platos rotos.

No tardó demasiado el castigo de tales excesos. Los peregrinos fueron atacados y diezmados por las milicias de los señores eclesiásticos alemanes y, a continuación, por los ejércitos del rey de Hungría y del emperador bizantino; luego, transportados rápidamente al otro lado de los Dardanelos, fueron allí aniquilados por los turcos. El resto de la columna, que había llegado a contar con más de veinte mil personas, se agrupó en torno a los príncipes que empezaban a llegar a Constantinopla a finales de 1096 y que, en la primavera de 1097, estaban ya dispuestos para la travesía y conquista de Anatolia. La distancia de Constantinopla a Jerusalén se podía haber cubierto en unos dos meses de marchas moderadas; en lugar de ello, soldados y peregrinos (no hay cifras seguras, pero se cree que sobrepasaban ampliamente los diez mil) emplearon cerca de dos años en llegar a la Ciudad Santa. Los itinerarios no estaban claros, las relaciones entre los principales jefes cruzados eran todo menos pacíficas y a muchos les interesaba, sobre todo, la conquista de ciudades anatólicas y sirias y no tenían escaso interés por Jerusalén, por cuanto algunos se consideraban mercenarios del emperador bizantino

Godofredo de Bouillon

Hijo del conde Eustaquio II de Bolonia, nace hacia 1060. En 1076 recibe el señorío de Bouillon, del que toma posesión en 1089, como fiel vasallo del emperador Enrique IV. Incapacitado para las tareas de gobierno e impelido por su fervor religioso y ansias de aventura, se integró en 1096 –junto con sus hermanos Eustaquio y Balduino– en la Primera Cruzada. Cuando Raimundo de Tolosa declinó convertirse en rey de Jerusalén, Godofredo aceptó esta corona pero adoptó la denominación de *Advocatus Sancti Sepulchri* –Defensor del Santo Sepulcro–.

Pierde progresivamente el apoyo de sus aliados cristianos y con ello queda practicamente indefenso. Su sumisión como vasallo del patriarca Daimberto de Jerusalén abre el camino para futuros enfrentamientos por el poder entre los señores laicos y los eclesiásticos. Muere el 18 de julio de 1100 y su hermano Balduino I le sucede en el trono.

A pesar de sus grandes fracasos en todos los órdenes, este descendiente de Carlomagno conoció una pronta mitificación, que le alzó al papel de arquetipo del monarca cristiano y épico héroe de las Cruzadas.

No obstante, entre los peregrinos tuvo que ir abriéndose camino –cada vez con mayor claridad– la idea de que el objetivo del viaje era llegar a Jerusalén, como en cualquier otra peregrinación, pero que en esta ocasión sería preciso conquistar la ciudad por la fuerza.

Obviamente, los peregrinos condicionaron a los caballeros y a sus jefes: la travesía de Anatolia, iniciado el verano en contra de toda regla de prudencia meteorológica y logística, sólo progresó gracias a un inesperado factor sorpresa. Por otra parte, el Islam del Oriente Próximo se encontraba profundamente dividido: los musulmanes se repartían en diferentes corrientes religiosas hostiles entre sí y existía una fuerte rivalidad entre los turcos, recientemente islamizados, y los árabes, proclives a la convivencia y al comercio con los cristianos. Incluso la propia obediencia religiosa era motivo de disputas entre los califas de Bagdad y de El Cairo.

Cruzado rezando (miniatura del siglo XII, British Museum, Londres).

Los musulmanes se hallaban faltos de toda preparación para contener una invasión que no esperaban y fueron arrollados por la ferocidad y el sistema de enfrentamiento campal impuestos por los cruzados

Visiones y milagros

La Primera Cruzada (1095-1099) fue, al mismo tiempo, una gigantesca tragedia y una comedia de disparates. Soldados y peregrinos se enfrentaron con un territorio vasto y hostil, recorriéndolo en la peor estación, alternando su ferocidad inaudita con durísimos padecimientos que debieron superar, masacrando ciudades enteras y viéndose obligados a recurrir incluso al canibalismo... La expedición no contaba con un jefe, aparte del legado pontificio, Ademaro, obispo de Le Puy que, al morir en agosto de 1098, dejó a los demás capitanes enzarzados en la lucha por el poder.

Enfrente, los musulmanes, se hallaban divididos y faltos de toda preparación para contener una invasión que no esperaban. En un primer momento, el califa de El Cairo pensó que los brutales occidentales le podían resultar muy útiles contra su rival de Bagdad y trató de entrar en contacto con ellos. No pocos fueron los contingentes militares sarracenos que se pusieron al servicio de los guerreros cristianos, como ocurría en la guerra que enfrentaba a musulmanes y cristianos en España.

Según muchos historiadores, la propia ferocidad de los cruzados, sin duda exasperada por la falta de disciplina dentro del ejército, fue un recurso calculado para infundir terror. A medida que avanzaban hacia Jerusalén crecía –sin duda agudizada por los sufrimientos– la tensión religiosa que constituía el carácter fundamental de toda expedición. Ello explica algunos actos de crueldad, perpetrados con el convencimiento de que la Cruzada sería la última guerra, pues a continuación vendría el Reino de los Cielos; y, también, los numerosos gestos de heroísmo y abnegación que se produjeron.

Jerusalén fue tomada al asalto el 15 de julio de 1099, al cabo de un asedio de aproximadamente un mes, gracias sobre todo a las máquinas de asedio construidas probablemente por marinos de una flota genovesa desembarcados en el cercano puerto de Jaffa. La conquista fue coronada por la salvaje masacre de casi toda la población judía y musulmana de la ciudad.

La hora de Saladino

El nuevo Reino de Jerusalén nacía débil. Los cruzados trataron de resistir, pero el Islam encontró a su vengador

Franco Cardini
Catedrático de Historia Medieval
Universidad de Florencia

Combate entre cristianos y musulmanes durante las cruzadas (detalle de una miniatura del siglo XIV, Museo Británico).

PRUEBA DE QUE NI EL PAPA NI LOS PRÍNcipes participantes en la expedición habían previsto seriamente la conquista de Jerusalén es que no existía un plan para organizar las nuevas conquistas. Tierra Santa era una zona fronteriza, permanentemente disputada entre el califa de Bagdad y el de El Cairo. Razón por la que los musulmanes no habían podido oponer una defensa coherente al avance occidental.

Conquistada Jerusalén por los cristianos, surgía el peligro de que el mundo islámico encontrase un elemento de unidad en la necesidad de un desquite. Mientras los cruzados discutían sobre la ordenación de las nuevas conquistas, muchos caballeros y peregrinos, cumplido su voto, regresaban a Europa. Esto planteaba un problema concreto: las conquistas habían de ser defendidas, algo para lo que nadie se mostraba ni preparado ni dispuesto. La misma confusión y discordia reinaban acerca de la ordenación institucional de estas conquistas.

impracticable. El primer rey fue Balduino, hermano de Godofredo.

Un reino que defender

El nuevo reino nacía caracterizado por instituciones y estructuras muy frágiles: su fuerza no residía en ningún caso en los gobernantes de los señoríos en que se había dividido el territorio, sino en otros dos factores que con el tiempo se revelaron esenciales para mantener en lo posible la solidez del conjunto. Se trataba, por una parte, de las ciudades marítimas de Pisa, Génova y Venecia –que fundaron auténticos emporios comerciales en las principales ciudades del reino y que fueron protagonistas del reflotamiento comercial de Occidente– y, por otra, de las órdenes monásticas, ideadas para defender, socorrer y aliviar a los peregrinos y, al mismo tiempo, defender Tierra Santa, supliendo las carencias militares surgidas tras retorno a sus tierras de muchos soldados.

Estas órdenes, denominadas *militares*, dedicaban a cierto número de sus miembros laicos al servicio de las armas, en vez de al trabajo manual como sus cofrades de las demás órdenes. De ellos, los caballeros eran una minoría. Esto es lo que justifica la denominación de *religioso-caballerescas* que se les aplica habitualmente. Los más célebres fueron los templarios (así llamados porque los primeros monjes-caballeros se instalaron en la mezquita de Al Aqsa, que los cruzados identificaban con el Templo de Salomón) y los de San Juan (que después se convirtieron en la Orden de Rodas y, finalmente, en la de Malta).

Dado que en la Península Ibérica la confrontación cristiano-islámica era muy semejante a la de la frontera sirio-palestina, se creó entre los dos extremos del Mediterráneo una serie de intercambios a distintos niveles. Por una parte, los papas y los concilios, se inspiraron en la situación española y fundaron el derecho canónico relativo a las expediciones contra los infieles. Por otra, las experiencias recogidas en Siria y Palestina repercutieron inmediatamente en España, en donde se comprendió que las órdenes militares eran el mejor instrumento para construir una red de asentamientos que impidiera una contraofensiva islámica.

El sistema de castillos cruzados que marca la frontera del desierto, desde Siria al Mar Rojo, encuentra una réplica casi exacta en la cadena de fortalezas que defiende el territorio aragonés y castellano. Las órdenes militares, y sobre todo la del Temple, se implantaron de inmediato en España asumiendo sus funciones bélicas exactamente igual que en Siria. Mientras, se creaban órdenes militares específicas de la Península Ibérica: Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa y Aviz.

Godofredo de Bouillon

Los esclesiásticos presentes en la expedición pedían "que nadie se ciñese corona de oro en la ciudad en la que Cristo había sido coronado de espinas" (como se ve, muchos se atribuyen la rotunda frase) y pensaban que Jerusalén debía constituirse en señorío eclesiástico, quizá bajo la autoridad del Papa. De hecho los prelados insistieron para que la ciudad fuese confiada a Godofredo, duque de la Baja Lorena que era, de entre los príncipes, el más sensible al aspecto religioso de la empresa.

Relativamente mayor y quizá ya enfermo (falleció un año después, el 18 de julio del año 1100), conocido por su debilidad de carácter, Godofredo no se convirtió en rey sino en *Defensor del Santo Sepulcro*, término que designaba al administrador de los intereses terrenales de una señorío eclesiástico. Aparte de Jerusalén, los cruzados se repartieron las tierras vecinas. Así nacieron el Condado de Edesa, el Principado de Antioquía, el Condado de Trípoli, el de Jaffa y Ascalón, el Principado de Galilea y el de Transjordania.

Nunca estuvieron todos estos señoríos realmente sometidos a la autoridad de los reyes de Jerusalén, los cuales, por su parte, hubieron de ser elegidos una vez que, muerto Godofredo, la vía de un señorío gobernado por un simple *Defensor* se reveló

Balduino I, conde de Edesa y primer rey de Jerusalén tras la muerte de su hermano Godofredo de Bouillon (Miniatura del *Abrégé de la Cronique de Jérusalem,* siglo XIV, Nationalbibliothek, Viena).

El nuevo reino nacía caracterizado por instituciones y estructuras muy frágiles: su fuerza residía en los emporios comerciales fundados por Pisa, Génova y Venecia y en los caballeros de las órdenes militares

La agonía de Jerusalén

El principal fruto de la Cruzada fue la creación de una monarquía feudal, el Reino Latino de Jerusalén y sus señoríos dependientes. Pero el reino nacía débil: la dinastía en el poder no poseía ninguna tradición que la legitimase y para sobrevivir estaba obligada a emparentar permanentemente con príncipes cristianos locales; pero los únicos dignos de este nombre eran los de estirpe armenia. Además, para mantenerse en el trono, el soberano precisaba recurrir a un continuo sistema de privilegios y exenciones jurídicas y fiscales que debilitaban su poder.

La vida del Reino de Jerusalén aparece como una constelación de poderes autónomos o semiautónomos en perpetuo conflicto interno: los magistrados que gobernaban las ciudades o los señoríos rurales, los aristócratas que habían recibido feudos de manos de la Corona o de los grandes príncipes, los propios jefes de las organizaciones feudales que mantenían con el rey una ambigua relación de sumisión (Edesa, Antioquía, Trípoli, Jaffa, Ascalón, etcétera), las órdenes militares, que tenían en sus manos las llaves táctico-estratégicas del reino y, por último, las ciudades comerciantes italianas.

Esta debilidad fue la razón de la agonía del Reino de Jerusalén, amenazado por el Islam que –rehaciéndose de la sorpresa de 1099– se iba rearmando y reorganizando. Es más, la Cruzada fue una de las causas de la provisional unidad político-religiosa del Oriente Próximo musulmán. La actual región sirio-iraquí fue unificada por los emires turcos de Alepo y Mosul con el objetivo de expulsar a los cruzados de los territorios al norte de Damasco.

La caída de Edesa (1144-1146) provocó una apremiante petición de ayuda por parte del Reino de Jerusalén al conjunto de Europa. De ahí nació el movimiento denominado Segunda Cruzada (1148-1151), durante la cual se revelaron todas las contradicciones del momento. En primer lugar, el conflicto entre europeos occidentales en conjunto y el Imperio Bizantino; a continuación, el surgimiento entre las naciones europeas de enemistades que marcarían la Historia Moderna y Contemporánea, empezando por la franco-alemana; por fin, la incomprensión entre los caballeros occidentales recién llegados de Europa –convencidos de que la lucha contra el Islam debía ser absoluta y sin cuartel– y los barones franco-sirios ya acostumbrados al Oriente, a menudo ellos mismos de sangre mezclada, quienes deseaban mantenerse sólidamente instalados en su país y anteponían sus intereses personales a la defensa de la Cruz. Por tanto, preferían

Abajo, **Castillo de los Cruzados en Biblos, Líbano, construido por el emperador Balduino en el siglo XIII. Las fortalezas, instaladas en las alturas del Líbano y en los puntos neurálgicos de la costa eran de gran importancia estratégica y militar para el reino de Jerusalén; los francos utilizaron y restauraron las ya existentes y construyeron otras nuevas.**

Fortalezas, armas y estratagemas

Las tropas de la Primera Cruzada no tuvieron que sostener duros combates para conquistar la Tierra Santa. Pero a continuación, debido a la fundación de los principados latinos y a la recuperación de la iniciativa por parte de los musulmanes, los cruzados se encontraron enfrentados a una situación inédita: se veían obligados a defender territorios poco seguros contra unos enemigos dotados de efectivos muy superiores. Sin renunciar a su armamento tradicional, los caballeros francos adaptaron su manera de combatir a las nuevas circunstancias.

En las batallas campales, siempre disfrutaban de una clara superioridad, gracias a sus armaduras pesadas, a la potencia de sus caballos y a la impecable cohesión de sus maniobras. Cuando una masa de caballeros recubiertos de hierro cargaba al galope, no existía formación en el mundo que pudiera frenar su extraordinario poder de percusión.

En cambio, los dos puntos fuertes de los ejércitos musulmanes eran su movilidad y la utilización de armas arrojadizas, además de una nueva técnica de combate, aprendida de los turcos y basada en el empleo de veloces arqueros a caballo. Los cruzados opusieron a los inasibles tiradores seleúcidas contingentes de arqueros y ballesteros a pie, a cuya sombra permanecían los caballeros hasta el momento de iniciare la carga. Pero no siempre resultaba. En Hattina, por ejemplo, Saladino ordenó a sus tropas una maniobra que inutilizó la pesada carga de los caballeros de Raimundo de Trípoli: un segundo antes del impacto con la caballería franca, las filas musulmanas se abrieron de golpe para dejar pasar la oleada de los caballeros que, de este modo, se vieron obligados a encajonarse en una estrecha garganta que llevaba al pueblo de Hattina y de allí al lago Tiberíades. Por lo menos ellos se salvaron, pero el contingente de Guido de Lusignan fue por completo aniquilado o capturado por Saladino.

La construcción de fortificaciones por todo el territorio permitió a los cruzados ofrecer una oposición eficaz a los musulmanes. Una vez dentro de estas imponentes fortalezas, bastaba con que esperasen la desmovilización de las tropas enemigas, incapaces de permanecer más allá de algunas semanas en el campo de operaciones. Los príncipes y los barones también se valieron de la poderosa ayuda de las órdenes religioso-militares, constructoras y centinelas de una precisa red de fortalezas en las regiones interiores de la dominación franca, mientras los barones se ocupaban en general de controlar directamente las ciudades costeras.

Un trono para las mujeres

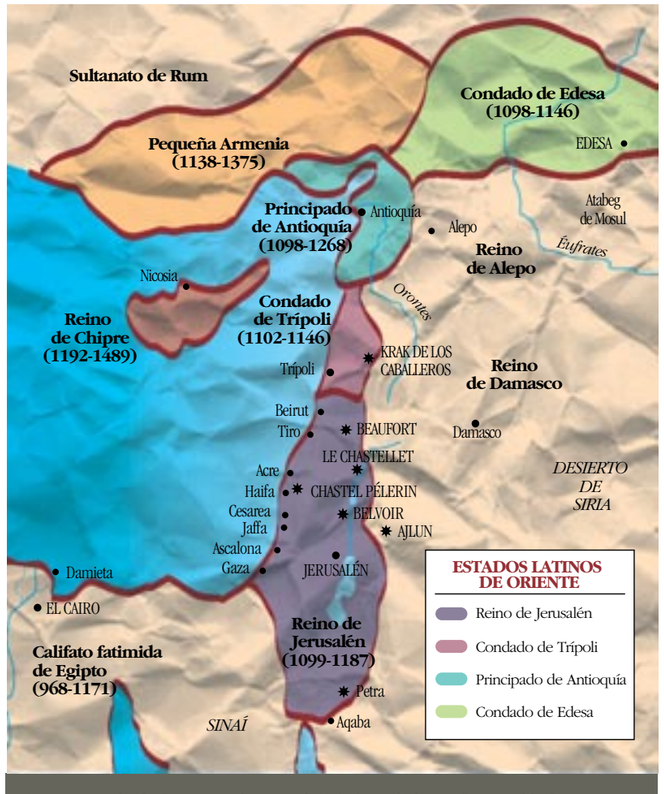
De las conquistas territoriales de la Primera Cruzada nació una serie de principados de vida más o menos larga. El más efímero fue el Condado de Edesa, que se extendía más allá del Éufrates y cuya capital cayó definitivamente en manos del gobernador turco de Mosul en 1146.

Situados a lo largo de la costa septentrional del golfo del Líbano, el Principado de Antioquía y el Condado de Trípoli perdieron parte de sus territorios en las campañas militares de Saladino, pero ambas capitales resistieron los asaltos de los mamelucos hasta 1268, la primera y hasta 1289, la segunda. Un destino semejante aguardaba al Reino de Jerusalén –en su período de mayor esplendor se extendía de Beirut al golfo de Aqaba y del Mediterráneo a la Transjordania– que tras las campañas de Saladino quedó reducido a poco más que la ciudad de Tiro, a la que se añadieron, con la Tercera Cruzada (1190-1192), Acre y algunas plazas fuertes.

Sin embargo, la caída de Acre tampoco significó el final de la presencia franca en Oriente: el Reino de Chipre, en manos de la familia de los Lusignan desde finales del siglo XI conservó su independencia casi hasta finales del siglo XV, cuando Caterina Cornero, esposa del último Lusignan, fue obligada a ceder la isla a la República de Venecia. Y en las postrimerías de la Edad Media, los soberanos angevinos de Nápoles reclamaron el prestigioso título de rey de Jerusalén y no renunciaron a él ni siquiera después de perder la Italia meridional. Renato de Anjou, por ejemplo, siendo duque de Lorena y conde de Provenza, lo llevó hasta su muerte en 1480.

Con la salvedad de Chipre, los principados latinos de Oriente fueron creados por iniciativa de los principales jefes de la Primera Cruzada, que intentaban transmitir títulos y posesiones a sus descendientes. Al morir sin descendencia Godofredo de Bouillon, los barones concedieron la corona a su hermano, Balduino de Bolonia, al cual sucedió, en 1118, ya sin intervención de los barones, su primo Balduino II del Borgo. A falta de descendientes directos, la herencia pasaba sin problemas a las ramas colaterales o incluso a las mujeres, cuyos maridos llevaban el título antes de transmitirlo a sus hijos.

Tras la muerte de Balduino II, por ejemplo, su hija Melisenda asumió el título conjuntamente con su marido Folco de Anjou. De nuevo, en 1185, al morir su sobrino Balduino IV, el rey leproso, la corona pasó a su hija mayor Sibila (1186-1192) y, posteriormente, a la segunda, Isabel (1195-1205), ambas casadas con barones franceses. Las siguientes cruzadas, y en particular la Segunda y la Tercera, dieron lugar a muchos matrimonios, lo cual permitió reabastecer las filas de una nobleza seriamente mermada por la defensa de sus territorios.



La presencia de los cruzados en el Próximo Oriente favoreció el nacimiento de una serie de Estados, cuya existencia fue más o menos duradera en función tanto de su fortaleza interna como de la capacidad de reacción del Islam.

la negociación a la guerra de devastación absoluta.

A los cruzados se les presentó una ocasión de oro para quebrar el frente islámico: aliarse con el emir de Damasco, que temía ser avasallado por las potencias turcas del Norte. Pero Damasco era la capital caravanera más próspera de la zona y los cruzados llegados de Europa insistieron en conquistarla. La asediaron en vano, perdiendo de esta forma un precioso aliado y por fin se retiraron. Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia fueron los protagonistas de esta poco gloriosa aventura.

Tras la Segunda Cruzada, el Islam comprendió que cualquier intento de reconquistar Jerusalén sufriría el contragolpe de nuevos voluntarios llegados de Europa dispuestos a defenderla. Por tanto, la unidad era condición previa a la expulsión de aquellos a quienes los musulmanes llamaban genéricamente *los francos*. La realización de esta efímera unidad político-religiosa le correspondió a un general de origen kurdo al servicio de los emires de Alepo. Hacia 1170, Salh Ad-Din, conocido como Saladino, llegó a Egipto con el pretexto de defender el Califato cairota, pero en realidad lo que consiguió fue abolirlo, restablecer la unidad del Islam bajo el de Bagdad y, sobre todo, crearse un sultanato personal que llegaba desde Damasco a El Cairo. Así, Jerusalén quedó rodeada y cayó en en manos de Saladino en 1187. Lo que quedaba del reino se trasladó a la franja costera, instalándose en Acre la capital y la corte de un rey cada vez más débil.

El fracaso de los tres reyes

La caída de Jerusalén provocó la Tercera Cruzada (1189-1192), conducida por los principales soberanos de Europa: el emperador Federico Barbarroja, muerto al cruzar Anatolia; el rey de Inglaterra Ricardo Corazón de León y el rey de Francia Felipe II Augusto. También ésta resultó un doloroso fracaso, pues tan sólo logró consolidar las posesiones de los cruzados en la costa sirio-palestina y en Chipre. Quedó claro que la Ciudad Santa ya no sería nunca más recuperada por las armas cristianas.

Godofredo de Bouillon se embarca hacia la Tierra Santa (miniatura del *Abrégé de la chronique de Jérusalem*, siglo XIV, Viena, Nationalbibliothek).

Correspondió, pues, a Inocencio III fundar un nuevo e irreversible principio que se reveló como parte de su programa hegemónico sobre toda la cristiandad: a partir de entonces, las Cruzadas serían un instrumento del Papado. Al Papa competía pregonarlas mediante la correspondiente bula e incluso orientarlas hacia otros objetivos, basándose en un nuevo principio según el cual el fin de la empresa ya no era tanto la reconquista de Jerusalén, cuanto la seguridad del mundo cristiano, es decir, la ejecución de las voluntades pontificias.

Saladino reunificó el Islam bajo el sultanato de Bagdad y, sobre todo, bajo su poder personal que llegaba desde Damasco a El Cairo

Inocencio III y sus sucesores en el siglo XIII establecieron el principio de la equivalencia, es decir, la posibilidad de conmutar los votos: quien jurase solemnemente ir a luchar a Tierra Santa podía ser enviado a otro lugar sin perder los privilegios espirituales –indulgencia– y materiales –moratoria en el pago de deudas– concedidos al cruzado. Más tarde, se organizó el gigantesco sistema de exacción fiscal del 10% –el diezmo– para afrontar los costes de los ejércitos cruzados. Pero los papas lo utilizaron exactamente igual que la voluntad de los cristianos, es decir, manejando el uno y la otra según las exigencias de la curia.

De modo que el instrumento de las Cruzadas se fue extendiendo: obviamente, proseguían en España, pero también en el Noreste europeo contra

Nuevos sabores

Una vez establecidos en los territorios de Siria y Palestina, los toscos colonos francos no tardaron en descubrir las delicias de la cocina oriental y muy pronto se acostumbraron al uso de las especias, poco difundido en Occidente, al menos hasta la época de la Primera Cruzada.

Además de ser más rica en sabores, la cocina oriental pasmaba a los cruzados por la variedad de los condimentos y, sobre todo, de los dulces a base de fruta exótica y azúcar de caña. La robusta dieta de los guerreros europeos, acostumbrados a consumir grandes cantidades de tocino y demás grasas animales, dio paso a una cocina más ligera y variopinta; sin duda, más adaptada a las condiciones meteorológicas del terreno.

Es difícil decir si las mujeres jugaron un papel relevante en la aculturación de los francos por las costumbres orientales.

Aunque se verificó sin mayores problemas un cierto número de matrimonios mixtos, celebrados sobre todo en el entorno de la realeza y de los príncipes y sólo con armenias o bizantinas, no parece sin embargo que los cruzados tuviesen mucha intimidad con las mujeres locales, exceptuando claro está, las relaciones ocasionales con prostitutas y criadas o la efímera presencia cercana de alguna concubina.

El final de los reinos latinos

No resulta posible hoy día defender la idea de que el Islam constituyera una amenaza para Bizancio o que los musulmanes hostigasen a las comunidades cristianas de Oriente Próximo cuando en 1095 el papa Urbano II lanzó su llamamiento por la liberación de los Santos Lugares. A cambio de determinados tributos, los cristianos, igual que los judíos, disfrutaban de una amplia libertad de cultos en las regiones dominadas por el Islam. Y sin embargo, en el curso del siglo XI, Occidente había retomado la iniciativa frente a un mundo musulmán angustiado por cismas y desgarrado por guerras civiles. En los brotes occidentales del Islam, Sicilia y España, la dominación musulmana sufría duros embates por parte de los conquistadores cristianos, mientras que en Asia Menor, el impulso expansionista de los turcos seleúcidas se había agotado por sí mismo tras la gran victoria de Manzikert, lograda sobre los bizantinos en 1071. Así pues, fue un Oriente dividido, pero también asombrado y sin preparación el que asistió en el verano de 1096 a la invasión de la marea cruzada. De modo que, de camino a Jerusalén, los caballeros francos sufrieron más por el calor, el hambre y el cansancio del viaje que por la resistencia militar opuesta por los emires turcos o árabes.

Pero todo cambia en la primera mitad del siglo XII. El primero en retomar la ofensiva es el gobernador turco de Mosul, Zangi, que en 1144 conquista Edesa, capital de uno de los cuatro principados latinos fundados por los cruzados. Retomada por los cristianos, la ciudad caerá definitivamente en manos turcas en 1146. Sus dos sucesores, Nur al-Din y Salah al-Din (Saladino), tendrán objetivos mucho más ambiciosos: reunir toda Siria bajo un poder unificado, poner fin al régimen chiíta, es decir hereje, del Egipto fatimita y recuperar Jerusalén. Saladino alcanzará esta última meta en 1187, después de aniquilar a las tropas francas en la batalla de Hattina, cerca de Tiberíades. Menos belicosos, sus descendientes, los Ayyubíes, aceptaron convivir con los restos de los Estados latinos reforzados, ciertamente, por tropas de refresco llegadas de Occidente con ocasión de la Tercera y sucesivas cruzadas.

Corresponderá al fundador de una nueva dinastía, el sultán mameluco Baibars, lanzar a partir de 1265 la ofensiva final contra los señoríos latinos de Oriente hasta que, con la caída de Acre en 1291, desaparezca el último rastro de presencia franca en Tierra Santa.

los paganos eslavos y bálticos. La Orden Hospitalaria de Santa María, conocida con el nombre de Orden Teutónica, fundada a finales del siglo XII en Jerusalén para reunir a los caballeros alemanes, se implantó en el Norte de Europa, donde emprendió campañas conquistadoras y fundó un Imperio que duró hasta bien entrado el siglo XV.

Con los bizantinos

Después de la división del Imperio Romano, su parte oriental, con capital en Constantinopla –la antigua Bizancio– cubría un territorio enorme que llegaba desde el Adriático al Mar Negro. Mil años más tarde, cuando la capital bizantina cayó en manos de los turcos, la superficie del Imperio Romano de Oriente se había reducido al tamaño de alguna provincia media española.

Se equivoca, sin embargo, quien vea en la historia de Bizancio un interminable reflujo, una decadencia continua que terminó por reducir el Imperio de Oriente a un retazo de territorio balcánico. En realidad, Bizancio conoció períodos de intenso dinamismo que le permitieron recuperar buena parte de los territorios perdidos. Una de estas etapas coincidió con la Primera Cruzada, con la llegada al poder de Alejo Comneno, artífice de una vigorosa política de restauración del Estado bizantino. El fundador de la dinastía de los Comnenos logró aplastar a los pechenegos –pueblo turco-tártaro que devastaba las regiones balcánicas– así como bloquear a orillas del Adriático la ofensiva de los normandos de Italia y retomar la iniciativa frente a las tribus seleúcidas de Anatolia.

Un emperador de semejante temple no podía aceptar con agrado, y aún menos solicitar, la llegada de cruzados a Oriente. Por otra parte, la reacción de la población bizantina ante la llegada de los cruzados sugiere una gama de sentimientos que van de la perplejidad al desprecio, con muy poco espacio para la simpatía o la solidaridad. Sentimientos bien devueltos por los prejuicios que desde siempre Occidente había mantenido respecto a *esos griegos excesivamente refinados* y, por si esto fuera poco, sospechosos de entenderse con los musulmanes. Las relaciones empeoraron con las fundaciones de los Estados latinos de Oriente, constituidos sobre territorios reivindicados por Bizancio. Se precisará sin embargo la aparición de un factor recurrente en la Historia bizantina, como fue una crisis sucesoria en la dinastía reinante a finales del siglo XII, para que el deterioro de las relaciones entre Occidente y Bizancio lleve a la toma de Constantinopla por los cruzados (1204) y a la creación del efímero Imperio Latino de Oriente.

Ataque cruzado contra Constantinopla en 1204 (mosaico de la basílica de San Juan, Rávena).

Otro episodio, ocurrido entre 1202 y 1204, reveló el extraordinario potencial, pero también la capacidad de renovarse y de ser instrumentalizado, del movimiento cruzado. Una expedición a Jerusalén se encontró, a causa del chantaje de los venecianos –que habían avanzado a crédito una potente flota– ocupando la cristianísima Constantinopla. Se efectuó entonces un reparto entre los feudatarios francos y la Serenísima, dando lugar a un efímero experimento de reorganización territorial: el Imperio Latino de Constantinopla (1204-1261). Más adelante, se proclamaría también una cruzada contra los herejes del Sur de Francia (Cruzada contra los Albigenses, 1209-1244).

Un desaire tras otro

Las siguientes expediciones cruzadas para mantener los restos del Reino de Jerusalén fracasaron una tras otra. De hecho, ni siquiera se dirigían a Tierra Santa; la denominada Quinta Cruzada (1217-1221) atacó en vano el delta del Nilo; la Sexta, la cruzada de Federico II de Suabia (1228-1229), recuperó provisionalmente Jerusalén pero sólo sobre la base de un frágil compromiso diplomático; las dos Cruzadas sucesivas de Luis IX de Francia (1248-1254 y 1270) quedaron empantanadas en la costa norteafricana. Mientras tanto, los nuevos amos del Sultanato de El Cairo, los esclavos-mercenarios conocidos como mamelucos, reconquistaban toda la costa sirio-palestina, expulsaban a los últimos cruzados (Acre caía en 1291) y despoblaban el interior de las tierras para favorecer los mercados egipcios y desanimar cualquier nuevo intento cristiano de reconquista.

Tales proyectos existían: en 1274, el Concilio de Lyon, presidido por Gregorio X, había tratado de organizar estratégicamente la reconquista de Jerusalén. De aquí surgió una febril actividad predicadora –sobre todo, de franciscanos y dominicos– y recaudadores del diezmo, así como una frenética producción de obras literarias y tratados teóricos. Se llegó a proponer de todo: aliarse con los mongoles, unificar las órdenes militares o establecer un embargo que obligase al Sultán a devolver Jerusalén.

En 1300, Bonifacio VIII convocó el primer jubileo. Significó, entre otras cosas, el desplazamiento de la indulgencia cruzada a Roma y la renuncia a toda tentativa de reconquistar Jerusalén, con la sugerencia de que el punto de referencia de la cristiandad debía cambiar.

La disolución, entre 1307 y 1312, de la Orden del Temple, inútil desde el arrumbamiento de las Cruzadas y transformada en una potencia económica codiciada por el rey de Francia, a quien el Papa no deseaba disgustar, fue la confirmación del abandono por parte de la curia de un ideal promocionado sistemáticamente en el siglo anterior.

Las expediciones cruzadas continuaron. Incluso vivieron un largo renacer entre los siglos XIV y XVIII, coincidiendo con el esplendor de la potencia turco-otomana en Anatolia, Balcanes y cuenca del Mediterráneo. En el siglo XVIII, con el declive del poderío otomano, los europeos dejaron de hacerse cruzados. A cambio, se dedicaron a polemizar contra las Cruzadas (los ilustrados franceses); a exaltarlas (los contrarrevolucionarios del período jacobino-napoleónico y, después, los románticos); a soñarlas como horizonte metafórico y justificación histórica del colonialismo (Napoleón III) o a verlas como antídoto contra el laicismo o el progresismo (los defensores del Papado en la Roma de 1870 o los insurrectos franquistas en la España de 1936).

Vistas desde hoy, las Cruzadas aparecen como una especie de manifestación de la mala conciencia de Occidente, una *ballena blanca* que aparece y reaparece en el intermitente inconsciente de la Historia y de sus imposibles racionalizaciones.

(Traducción, Luis Antonio Núñez.)

Templarios en la hoguera, (miniatura del siglo XIV). Acusados de herejía por Felipe el Hermoso de Francia, muchos fueron quemados en 1307.

La Orden de Malta se salva

Las primeras Órdenes de Caballería surgieron en Tierra Santa para velar por las nuevas conquistas. La de San Juan de Jerusalén nació en torno a un hospital fundado en esta ciudad a mediados del siglo XI por mercaderes de Amalfi para ayudar a los peregrinos. El primer gran maestre de la orden, Raimundo del Puy, fue elegido en 1120. En 1118, varios caballeros de Champaña y Borgoña se habían establecido, con el objeto de hacer vida común, en una casa construida sobre el solar del Templo de Salomón (en la explanada de las Mezquitas de La Roca y de Al Aqsa); de aquí el nombre de Templarios. Esta orden fue reconocida por la Iglesia en 1128.

Las dos órdenes tienen el mismo fin –defender la Tierra Santa y respetar los votos religiosos de pobreza, obediencia y castidad– y un modelo organizativo semejante: una minoría de caballeros nobles y una mayoría de criados y sargentos de origen humilde. Todos combaten a caballo, pero los sargentos no poseen el equipo completo del auténtico caballero y por ello se sitúan en segunda fila en el orden de batalla.

Gracias a la generosidad de los donantes, las dos órdenes se convirtieron pronto en dos de los mayores terratenientes del mundo cristiano. Una riqueza que resultará nefasta cuando, tras la caída del Reino de Jerusalén, la orden templaria tenga que replegarse a Occidente. A partir de entonces, tanto sus privilegios y sus riquezas como el comportamiento de estos monjes-soldados, privados de causas que defender y acostumbrados a una vida libertina, serán muy mal vistos por la población. El final del Temple fue igualmente fruto de su propia degeneración y el rey de Francia Felipe el Hermoso sabía que pisaba terreno sólido cuando en 1307 atacó a la orden para apoderarse de sus bienes.

Los Hospitalarios resistieron mejor a la pérdida del Oriente latino. Se replegaron en primer lugar a Chipre y, a continuación, a Rodas, que transformaron en base de sus operaciones militares en toda la cuenca del Mediterráneo.

Cruzadas, magia y caballería

Dos leyendas en torno a las Cruzadas: El hada Melusina y León V de Armenia, señor de Madrid, Ciudad Real y Andújar y la famosa historia de Godofredo de Bouillon, descendiente del sin par *Caballero del Cisne*

EN TORNO A LAS CRUZADAS SE TEJEN leyendas como las que unen mágica y caballerescamente al hada Melusina y al rey León V de Armenia, personaje descendiente de los cruzados que, tras perder su reino, se refugió en Occidente y recibió de Juan I de Castilla los lugares de Madrid, Ciudad Real y Andújar y los derechos que tenía en ellos el monarca.

La historia de Melusina, narrada por Jean de Arras, librero del duque de Berry, tiene como objetivo último justificar los derechos del duque sobre el castillo de Lusignan y se inicia con el relato del encuentro entre el rey Elinas de Albión y el hada Presina, que accedió a casarse con el rey siempre que éste jurase que "si tenemos hijos no intentaréis verme durante el parto y mientras los críe". Hombre, al fin y al cabo, Elinas incumplió su promesa y Presina huyó del reino y se refugió con sus tres hijas Melusina, Melior y Palestina en la Isla Perdida donde sus lágrimas recordaron durante años los tiempos felices de su matrimonio; juzgando culpable al padre, las hijas utilizaron sus poderes para encerrar a Elinas, para siempre, en la montaña de Brumbloremlión, en Northumberland.

***El regreso de la cruzada*, (recreación de Karl Friedrich Lessing , siglo XIX, Bonn, Rheinisches Landesmuseum).**

Lejos de agradecer el gesto, Presina lamentó la desgracia del marido y castigó a las hijas: "Melusina, te convertirás todos los sábados en serpiente del ombligo para abajo; si encuentras a un hombre que te quiera tomar por esposa, debe prometerte que no te verá ningún sábado, y si te descubre, que no lo revelará a nadie... A Melior se le concede un castillo hermoso y rico en Gran Armenia; "en él custodiarás un gavilán hasta que vuelva el Alto Dueño. Todos los caballeros que vayan allá a velar la antevíspera, la víspera y el día veinticinco de junio, si no se duermen un instante, recibirán un regalo tuyo...; pero si piden tu cuerpo o tu amor, para casarse contigo o para cualquier otra unión natural, serán desgraciados hasta la novena generación y perderán sus riquezas... "Palestina, serás encerrada en la montaña de Canigón hasta que un caballero de tu estirpe llegue allí... y te libere.

Melusina cumplió su destino, encontró un hombre con el que fue feliz hasta que el marido la vio un sábado mientras se bañaba: hasta el ombligo tenía forma de mujer y del ombligo para abajo era como la cola de una serpiente, "del grosor de un tonel donde se ponen arenques..." entonces Melusina saltó desde una de las ventanas de la habitación y lo hizo tan ligeramente como si volara y tuviese alas... Melusina, en forma de serpiente alada se fue hacia Lusignan volando por el aire... como tal la presenta la leyenda, dedicada en su mayor parte a narrar la vida "humana" del hada, que actúa como cualquier esposa y madre de la nobleza europea del momento. Mientras duró su felicidad tuvo, entre otros hijos, a Urién y Guyón, valientes caballeros que acudieron a las cruzadas tras recibir los consejos de Melusina, coincidentes con lo que se espera y se recomienda a un caballero medieval: "Defended a nuestra santa Madre Iglesia, y sed verdaderos combatientes contra todos sus enemigos. Ayudad a las viudas y a los huérfanos, honrad a todas las damas, auxiliad a las doncellas a las que se quiera desheredar injustamente..." Como premio a sus virtudes guerreras, Urién casará con la hija del rey de Chipre y Guyón con Florida, hija del rey de Armenia.

"Era de los reyes de Chipre, de un linaje muy alto, e venía de Babilonia, do estoviera preso en poder del soldán, e se librara de la prisión por ruego del rey don Juan de Castilla y del rey don Pedro de Aragón"

Antioquía (miniatura de la *Historia de las Cruzadas* de Guillermo de Tiro, siglo XV).

Años más tarde, uno de los sucesores de Guyón, supo que en la Gran Armenia había un castillo habitado por una bella dama dueña de un gavilán: a todo caballero de noble linaje que lo velaba durante tres días y tres noches sin dormir, se le aparecía la dama, que le daba al caballero el don que pidiera, si eran bienes temporales y no deseaba pecar con su cuerpo o tocarla carnalmente. El rey veló la antevíspera, víspera y día de San Juan y cuando llegó el momento de pedir los bienes a los que se había hecho acreedor renunció a todo y sólo pidió acostarse con la dama-gavilán y recibió como respuesta la historia de su familia y una amenaza para el futuro: "Loco rey, tú desciendes del rey Guyón, hijo de Melusina, que era hermana mía... Sufrirás por tu atrevimiento. Tú y tus herederos perderéis poco a poco la tierra, el haber, el honor y la heredad, hasta que llegue el noveno sucesor legítimo, que por tu culpa perderá el reino que tú tienes. Este rey tendrá nombre de animal salvaje..."

Aunque el relato pudo formar parte de la antigua leyenda, no sería extraña su invención por Juan de Arras, que tuvo ocasión de conocer o de oír hablar de León de Armenia, muerto en París en 1391, dos años antes de que se escribiera la historia de los señores de Lusignan, descendientes del hada Melusina y, lateralmente, de León V, del que hablan las crónicas castellanas por primera vez en 1380: prisionero del sultán turco, León pide ayuda a los reyes cristianos para que lo liberen del cautiverio, no tanto pagando el rescate cuanto suplicando al sultán, tan rico que no quiere oro y riquezas, y sólo pide joyas de las que no había en su tierra. Los embajadores de León de Armenia pasaron por Castilla y Juan I los envió al sultán con gran cantidad de joyas de oro y plata; embarcaron en Barcelona en una galera del rey de Aragón donde viajaba un caballero enviado por Pedro el Ceremonioso para pedir la libertad del rey de Armenia. Liberado, León acudió, primero, a Aviñón a postrarse ante el papa y pasó luego por Castilla para agradecer el interés de Juan I, que le dio, además de joyas y otros bienes el señorío de Madrid, Ciudad Real y Andújar.

Así se cruzan mágica y caballerescamente las historias de Melusina y del rey *madrileño* presentado por Pero López de Ayala con las siguientes palabras: "Era de los reyes de Chipre, de un linaje muy alto que decían Lusiñano, e venía de Babilonia, do estoviera preso en poder del soldán, e se librara de la prisión por ruego del rey don Juan de Castilla y del rey don Pedro de Aragón, cuyos mensajeros fueron juntos hasta Babilonia aunque "los mensajeros del rey de Aragón –apostilla López de Ayala– no llevaban joyas para el soldán, salvo sus cartas de ruego", suficientes para que recuperase la libertad el último heredero de Guyón, hijo del hada Melusina.

José-Luis Martín
Catedrático de Historia Medieval
UNED. Madrid

Del Caballero del Cisne a Godofredo de Bouillon

Godofredo de Bouillon fue el gran protagonista de la Primera Cruzada, mereciendo el título de "Defensor del Santo Sepulcro" y sentándose en el trono de Jerusalén, hasta su muerte, en que le heredó su hermano. La historia de su vida está envuelta en una serie de prodigios y el mayor de ellos es descender del *Caballero del Cisne,* héroe por antonomasia de la *Gran Conquista de Ultramar.*

El llamado *Caballero del Cisne* fue uno de los siete hijos habidos entre Isomberta y el conde Eustacio, que vino al mundo mientras su padre combatía junto al rey Liconberte el Bravo. Aunque él, al igual que sus hermanos, nacidos todos en el mismo parto, eran las criaturas más hermosas que en el mundo podía haber, no contaron con el amor de su abuela paterna, la condesa Ginesa, que nunca aceptó el matrimonio de su hijo, e hizo todo cuanto pudo por hacer desaparecer a los niños.

Después que Isomberta parió a sus siete hijos, todos cuantos lo supieron quedaron admirados no sólo por su hermosura, sino porque cada uno de ellos llevaba en su cuello un collar de oro. Y al mismo tiempo, sintieron un enorme pesar pues, en ese tiempo, toda mujer que pariese en un solo parto más de una criatura, era acusada de adulterio. Por esto, Bandoval, el caballero a quien el conde Eustacio había encomendado sus posesiones, escribió a su señor contándole lo sucedido. Pero las cartas fueron interceptadas por la condesa Ginesa, quien las hizo cambiar por otras en las que se le hacía saber que su mujer había parido siete podencos.

A pesar de las noticias, el conde Eustacio, por el amor que sentía por su mujer, respondió con otras cartas en las que indicaba a Bandoval que guardase aquellos *podencos*. Pero, de nuevo, al regresar el escudero hubo de pasar por el castillo donde habitaba la condesa Ginesa, la cual, de igual manera que a la ida, cambió las cartas por otras en las que mandaba matar a Isomberta y a sus hijos. Bandoval fue incapaz de cumplir la terrible orden de su señor y prefirió abandonarlos en el desierto.

Mientras los niños estuvieron solos en el desierto, acudió a ellos, gracias a la intervención de Dios, que nunca desampara a ninguna cosa de las que él hace, una cierva que les alimentaba dos o tres veces al día, hasta que fueron recogidos por un ermitaño, llamado Gabriel, que solía transitar por aquellos lugares próximos a donde estaba su ermita. Pasado el tiempo, un día que el ermitaño llevaba consigo a seis de los niños para pedir limosna, llegaron al castillo de la condesa Ginesa, quien nada más ver a los muchachos supo que eran sus nietos, por lo que pidió a Gabriel que se los entregase haciéndole entender que disponía de mejores medios para atenderles. Cuando se quedó sola con los niños ordenó a dos de sus escuderos, Dransot y Frongit, que les quitasen los collares y los degollasen.

Ocurrió, sin embargo, que al quitarles los collares, los niños se convirtieron en cisnes y salieron del castillo ante el asombro de los escuderos (en esta transformación del hombre en animal encontramos un cierto paralelismo con la leyenda del hada Melusina). Asimismo, la condesa ordenó transformar el oro de los collares en copas, pero fue tal la cantidad que salió de un solo collar que únicamente se fundió uno de ellos.

Arriba, **Pedro el Ermitaño predica la cruzada (Francesco Hayez, s. XIX).**
Abajo, **Godofredo de Bouillon (min. S. XIV, B.N. París).**

Por su parte, el conde Eustacio quiso conocer la verdad de lo sucedido y escuchó de su propio hijo, el que había quedado guardando la casa del ermitaño el día que éste llevó a sus hermanos al castillo de Ginesa, todo cuanto se había producido desde su nacimiento, por lo que el conde al saber cual había sido el proceder de su madre, ordenó su muerte. Pero, al mismo tiempo, se hacía necesario, para que Isomberta no fuera condenada por adúltera, que algún caballero lidiase por ella, siendo su propio hijo quien salió en defensa de su madre. Al saber el conde Eustacio que sus *hijos-cisnes* estaban en un lago próximo, acudió aquel lugar y al colocarles de nuevo el collar de oro, recobraron la figura de un joven de dieciséis años, tiempo durante el cual el conde había estado ausente, sirviendo al rey frente a los musulmanes, a excepción de uno de ellos, cuyo collar había sido transformado en copa por su abuela. De nuevo juntos acudieron a Portemisa donde residía su madre.

"De entre todos los hermanos destacó aquel que había lidiado por su madre, é era el mayor dellos de cuerpo é el más apuesto, é el que nació primero... é hubo esta gracia de nuestro Señor Dios sobre todas las otras gracias que él le ficiera: que fuese vencedor de todos los pleitos é de todos los rieptos que se ficiesen contra dueña que fuese forzada de lo suyo o reptada como no debía; é aquel su hermano que quedó hecho cisne, que fuese guiador de le levar á aquellos lugares do tales reptos o tales fuerzas se facian a las dueñas, en cualquier tierra que acaesciese; e por eso hobo nombre el Caballero del Cisne".

A partir de entonces este muchacho no fue conocido sino como el *Caballero del Cisne*, a pesar de que su madre le hizo llamar, cuando le bautizaron, Popleo como su abuelo materno, pero él así lo quería ya que Dios le había dado la gracia de darle aquel cisne –su hermano– como guía y guardador.

Muchas fueron las empresas en las que participó el *Caballero del Cisne*, pero cabe destacar aquella en que acudió en ayuda de Catalina, duquesa de Bullón y Lorena, cuando se vio amenazada por Rainer, duque de Sajonia, que deseaba apoderarse de sus propiedades. Debido al éxito obtenido sobre el duque Rainer, el emperador Otto que había presenciado la lid, entregó en matrimonio al *Caballero del Cisne* a Beatriz, hija de la duquesa Catalina. La duquesa les entregó como dote el ducado de Bullón y Lorena. De esta manera poseyó el *Caballero del Cisne* el ducado de Bullón.

Representación de un torneo caballeresco (miniatura del manuscrito de *Lancelot del Lago,* siglo XIV, B.N. París).

"Una vez celebrado el matrimonio, los esposos se dirigieron al ducado de Bullón, donde fueron muy bien recibidos y con gran honra y grandes alegrías. El *Caballero del Cisne* era tan dado á Dios, que ningun caballero no lo podria mas ser... é facer mucho bien á las iglesias é á los monesterios, ca las unas facia facer de nuevo, é á las que eran derribadas ó estaban por caer mandaba adobar, é á las comenzadas á facer mandaba acabar ... verdadero é leal era á todo hombre, é justiciero a gran maravilla. Así que, Dios diera tan gracia al Caballero del Cisne, que todos lo amaban é lo querian en tal manera, que mas cobdiciaban ellos ser sus vasallos que él su señor... é tanto moros como cristianos que oian fablar dél, preciabanle más que á otro hombre de cuantos fablar oyesen..."

Poco tiempo después, el día que celebraban las fiestas de San Juan, su esposa Beatriz dio a luz una

Godofredo, cuando se fue a Tierra Santa, entregó el castillo de Bouillon en limosna a la Iglesia... y permaneció soltero, al igual que su ascendiente el *Caballero del Cisne* después de que abandonó a su mujer

Arriba, **tropa de caballeros cruzados (miniatura del siglo XIV, Biblioteca Marciana de Venecia). Abajo, conquista de Constantinopla por los venecianos en 1204 (por Domenico Tintoretto, siglo XVII, Palacio Ducal de Venecia).**

niña, a la que llamaron Ida, motivo por el que se celebró en Bullón una gran fiesta; pero la alegría de este matrimonio no duró sino unos seis años más, pues una noche, Beatriz no hizo caso de la condición que le puso su esposo en el momento de casarse y le interrogó sobre su linaje y procedencia, (nueva similitud con la historia del hada Melusina) y por tal motivo el *Caballero del Cisne*, tal y como había anunciado en su momento, se separó de su mujer y de su hija y salió de Bullón no sin antes encomendarlas al emperador.

Cuando Ida tenía catorce años y con motivo de la celebración de la fiesta de Pentecostés, a la que acudieron muchos nobles, Eustacio, conde de Bolonia, pidió su mano al Emperador. Beatriz, al igual que en otro tiempo hiciese su madre con ella, entregó a su hija el ducado de Bullón y se retiró a un convento. La boda se celebró en la ciudad de Cambray con una gran fiesta, y esa misma noche Ida tuvo un sueño en el que se le anunciaba que de su linaje saldría quien poseyera Jerusalén.

Tras la boda, el conde Eustacio fue a Bullón, donde se le hizo entrega de la villa, del castillo y de todas sus fortalezas, pero aunque fue muy bien recibido, todos recordaban a su noble señor el *Caballero del Cisne*, que habían perdido por tan gran desventura, y casi no podían mostrar sus alegrías, pues no le salían del corazón.

"Ida dio a luz a un hijo varón que era la más fermosa criatura del mundo...é fue despues maravilloso en armas é de grandes fechos, al cual pudieron por nombre Godofredo, del que dijeron: fue tan fermoso é tan bien fecho en todas faciones, que maravillosa cosa era á quien lo veia.. la condesa tuvo otros dos hijos más Eustacio y Balduin, a los que dio una esmerada educación pues sabía el destino que les esperaba. Cuando Godofredo tenía 10 años le hicieron aprender junto a sus hermanos, a leer y a esgrimir, a juegos de ajedrez y tablas, le enseñaron todas las formas de la caza y todas aquellas cosas necesarias para la caballería y las armas. Tarea que no debió ser difícil para ellos, tanto por su valía como porque el noble Caballero del Cisne, de quien descendían, les guiaba á ser agudos é engeñosos é buenos."

Arriba, izquierda, **caballeros templarios (fresco de la capilla de Cressac, siglo XII);** derecha, **restos de la fortaleza de Ajlum (Jordania).** Abajo, izquierda, **ruinas del castillo cruzado de Belvoir, siglo XII; perteneció a los Hospitalarios de San Juan;** centro, **restos del castillo jordano de Karac, que perteneció a los cruzados;** derecha, **zona superior del castillo de San Juan de Acre.**

Cuando tenía dieciséis años, Godofredo fue armado caballero junto con otros cincuenta jóvenes, todos hijos de hombres importantes. Junto con las armas que le entregó su padre, que figuraban entre las más ricas que un hombre podía poseer, le dotó de quince caballos para que acudiese al Emperador quien debía de hacerle entrega del ducado de Bullón. Durante el tiempo que residió en este ducado hizo mucho bien a sus gentes, de la misma forma que en otro tiempo lo hiciera su ascendente el *Caballero del Cisne.*

Nuevas empresas esperaban a Godofredo fuera de su tierra, como había escuchado su madre en sueños. *La Gran Conquista* refiere que cuando quiso ir a Ultramar, entregó el castillo de Bullón en limosna a la Iglesia. Godofredo permaneció soltero, al igual que su mítico ascendiente el *Caballero del Cisne*, después de que abandonó a su mujer.

Paulina López Pita
Profesora de Historia Medieval
UNED, Madrid

(Para las Historia de León de Armenia se ha seguido el texto de *Melusina,* de Jean d´Arras, Siruela, Madrid, 1983; traducción de Carlos Alvar. Para las crónicas se ha empleado la versión publicada por editorial Planeta: *Pero López de Ayala. Crónicas.* Edición, prólogo y notas de José-Luis Martín).

Para saber más

Grousset, R., *La epopeya de las Cruzadas,* Palabra, Madrid, 1996.
Leguineche, M. y Velasco, M. A., *El viaje prodigioso,* Madrid, 1995.
Maalouf, A., *Las cruzadas vistas por los árabes,* Alianza, Madrid, 1996.
Pernoud, R., Swan, *Los hombres de las Cruzadas,* Madrid, 1986.
Runciman, S., *Historia de las Cruzadas,* Alianza, Madrid, 1994.
Zaborov, M., *Historia de las Cruzadas,* Akal, Madrid, 1985.